

EL CÓDIGO DE LA MENTE
MILLONARIA

EL CÓDIGO DE LA MENTE
MILLONARIA

CARLOS MASTER MUÑOZ

 Planeta

© 2021, Carlos Master Muñoz

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Fotografía de portada: THIS IS RAW

Fotografía del autor: THIS IS RAW

Diseño de interiores: Guadalupe M. González Ruiz

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2021

ISBN: 978-607-07-7776-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Índice

ZERO 12

01. LÍMITES 20

Eliminando el sistema operativo Límites 29

Macroproceso 1: aniquila a tu crítico interno y a sus hormigas asesinas 30

Macroproceso 2: desafía las reglas e inventa unas a tu medida 32

Macroproceso 3: quíerelo todo 35

02. LOCURA 42

Cómo convertirte en un loco exitoso y millonario 49

1. Desconéctate de la realidad 49

2. Créete tus alucinaciones 54

3. Alimenta tus obsesiones 57

4. Sé hiperactivo y disfruta el insomnio 60

5. Persigue el riesgo 63

6. Desarrolla un delirio de grandeza 65

7. Hazte amigo de otras personas trastornadas 69

03. LIBERTAD 72

La mortalidad financiera 80

El árbol del dinero 82

La estrategia financiera 88

Los tres sacos de dinero 88

1. Cuenta de gastos 89

El dilema de la vida austera 90

2. Dinero protector 94

a) Seguros 101

b) Reservas líquidas 102

c) Ahorro a largo plazo 102

3. Dinero productivo 104

El sistema de activos 108

Las tres cumbres del capital 109

Los tres senderos para llegar

a la cima 111

La matriz de la libertad 115

04. LIDERAZGO 120

Las siete características

del buen líder 123

1. Sabe liderar un equipo, incluso si

le faltan recursos 124

2. Contrata gigantes, no enanos 126

3. Identifica y fabrica líderes 128

4. Empodera líderes 132

5. Mantiene a los líderes a su lado	135
6. Reproduce líderes	136
7. Sabe autoliderarse y recibir consejos	137
05. LEGADO	152
La ecuación del legado	163
1. Propósito masivo	163
a) <i>El propósito se construye</i>	164
b) <i>El propósito debe ser masivo</i>	166
2. Retos concretos (el plan maestro).....	167
3. S3: <i>Small Simple Steps</i> (pequeños pasos simples).....	172
[NO] CONCLUSIÓN. LAS ÚLTIMAS LÍNEAS DEL CÓDIGO	176
<i>BONUS TRACK. LAS DIEZ CLAVES DE LA PROSPERIDAD Y EL DINERO</i>	182
AGRADECIMIENTOS	196
SOBRE EL AUTOR	198



LÍMITES

Vivo en una casa de cinco pisos. No te lo digo por presumir —bueno, puede ser, pero ese no es el punto, ja, ja—, sino porque justo cuando me senté a trabajar en este libro, en una de mis terrazas, desde donde gozo una vista que me inspira a trabajar, un segundo antes de escribir la primera palabra, mi hijo menor se asomó por encima del barandal de vidrio del balcón para llamar a su mamá. Me levanté en chinga y alcancé a detenerlo antes de que se cayera. «¡Hijo, por favor, no te recargues ni saques la cabeza por el barandal! Puedes romperlo y caerte junto con él», le dije. Entendió porque es algo que ya le habíamos repetido varias veces mi esposa Marisela y yo. Se fue a sentar en uno de los sillones de la sala exterior en la misma terraza y yo volví a mi laptop. Retomé el hilo y comencé a pensar en la primera oración del libro —siempre es la más difícil— y, cuando por fin encontré la ideal, lo escuché brincar sobre el sillón, que por supuesto habíamos decidido colocar junto al mismo barandal. Me levanté de nuevo, ya encabronado, y fui a reclamarle, ahora con más fuerza, y le dije que también así podía caerse, a lo que me respondió: «¡No se puede hacer nada en este mundo!».

¿Hice bien en regañarlo? En mi mente de padre, sí, porque mi trabajo es cuidarlo. Su seguridad es mi preocupación principal. Pero a veces me pregunto: ¿le hago un bien con la imposición de

tantos límites? Por supuesto que no me refiero a cuidar que se asome por el barandal (eso debe quedarle claro), sino al peso de sus palabras: *no se puede hacer nada en este mundo*. Esa sensación de limitación que todos sentimos como niños echó a andar este tren de pensamiento.

Desde nuestro primer momento de vida, nuestros padres nos van diciendo qué hacer y qué no, por dónde sí y por dónde no, hasta dónde podemos correr o cuánto podemos separarnos de ellos. *Quédate cerquita, no te vayas lejos, no te metas ahí, no te comas más de un chocolate, no colorees fuera de las líneas*. Con esas órdenes, el niño crece y su cerebro entiende que hay algo afuera de él que le dicta lo que puede y no puede hacer. Así es como nuestros padres nos empiezan a programar la mente; son ellos quienes instalan el *software* que desde el primer día ya contamina el sistema operativo que venía limpio de nacimiento. Ese *software*, que de manera bastante literal llamo Límites, cuenta con comandos del tipo: *no, solo uno, cuidado, detente, hasta ahí*.

El punto aquí no es analizar si tienen o no razón los padres, sino entender lo que tanta limitación ocasiona en la mente de un niño que, con el tiempo, se convierte en un adulto con cuentas por pagar. Por supuesto que el sistema de los padres es importante, pues su prioridad es garantizar la seguridad de los hijos y sigue una lógica, sin

embargo, tiene efectos colaterales: uno de ellos es generar esta idea de que uno necesita *permiso* de alguien más para lograr o conseguir cualquier objetivo. Y con esa noción crece, vive y muere la mayoría de las personas. Si no somos conscientes del *software* Límites que nos rige, y no lo quebramos, hackeamos y desinstalamos, casi seguro estaremos destinados a llevar una vida chiquita, estrecha... limitada.

Algunas personas rompen con ese sistema de manera consciente en la vida adulta y otras de forma intuitiva, desde la infancia. Yo fui de estos últimos. Déjame contarte la historia: una Navidad, cuando era un niño de quizá unos dos años, llegó a la casa un tío que era extraordinario en los negocios. Llevaba una canasta de dulces que nos ofreció a los sobrinos. Iba pasando con la canasta, primero frente a los mayores, luego a los más chicos y cada quien tomaba uno de los dulces. Cuando llegó mi turno, levanté la cabeza y con tono demasiado serio le dije: «Tollo-tollo» («todo-todo», en mi media lengua). En los dos segundos que mi tío tardó en entender lo que le decía aproveché para quitarle la canasta completa. Yo lo quería todo, todo. ¿Por qué chingados nos tocaba tomar solo un dulce cuando podíamos tomar más? ¿O todos? Cuando mi tío entendió lo que quería decir, se rio y me dejó la canasta. A partir de ese día y hasta que falleció siempre me llamó el Tollo-Tollo. Cada

que tenía oportunidad, me recordaba cómo yo iba «por todo-todo» en la vida.

Ese momento hiperbreve de mi infancia fue suficiente para que mi familia entendiera que yo jugaba otro juego. No quería que la vida me diera solo un dulce, yo quería la canasta completa.

El *software* Límites no iba conmigo. Muy pronto me di cuenta de que el programa genérico tenía fallas, *bugs* que había que corregir o eliminar lo más pronto posible. Y a eso me dedico.

Hace varios meses, cuando planeaba mi año editorial, me propuse publicar dos libros en 2021. Cuando se lo comenté a los de la editorial, me dijeron: «Carlos, no podemos sacar dos libros en un año». «¿Y luego?», pensé. ¿Por qué no podemos ir por todo? Me pregunté de nuevo por qué chingados alguien decide qué puedes y no puedes hacer. Por lo tanto, me valió madre su indicación y les dije: «Si quieren acompañarme en mi camino de autor, vamos a publicar muchos más libros al año, ¡así que prepárense, ja, ja!». Te cuento esto para que entiendas que es esa mentalidad de *tollo-tollo*, la del niño que vive en mí, la que me impulsa a seguir creciendo siempre y a llevarme la canasta completa. Si ese no es tu caso y, por el contrario, has ido por la vida pensando que solo puedes coger un dulce porque «es lo que hay», entonces necesitas leer este libro urgentemente.

El primer paso para desinstalar Límites es entender la visión de «la canasta completa». De hecho, eso lo trabajo con mi equipo y los líderes que asesoramos. Parte de mi trabajo es recablearlos para que, cuando un negocio o una estrategia funcionen bien, sigan adelante y no se estanquen o se conformen con el resultado, busquen más y continúen sin limitarse. Dicho de otro modo, **lo primero es tener claro que siempre debes aspirar a más de lo que crees que puedes lograr. Lo segundo es identificar el momento en que el software Límites se apoderó de ti, de toda tu vida y tus decisiones.** Porque siempre hay *un* momento. Te cuento una historia personal a continuación para que entiendas de lo que hablo.

Durante el último semestre de la carrera llevé una clase llamada Iniciación de la Vida Profesional. Aquella se daba en un salón tipo auditorio y se impartía solo una vez por semana, durante una hora. Una vez, el profesor nos dijo: «No se vayan a perder la clase de la semana que viene porque les va a cambiar la vida». Esa tarde varios pensamos que su afirmación se sentía demasiado exagerada, pero la verdad, incluso si terminaba siendo una hipérbole, valía la pena comprobarlo. La siguiente clase fuimos todos con la ilusión de que nos iba a cambiar la vida.

Cuando llegamos al auditorio vimos a un hombre y a una mujer al frente, uno a cada de lado del

profesor. Nos sentamos, en silencio, expectantes, y cuando todos estuvimos en orden y listos para cambiar nuestras vidas, el profesor nos dijo de qué se trataba todo: las personas junto a él eran representantes de dos de las agencias de consultoría más importantes del mundo, ambas con sede en México, y nos visitaban con la intención de cubrir un par de vacantes. Después añadió: «El mejor escenario para sus vidas profesionales, que están por comenzar, es que los contrate una de estas dos empresas». Lo dijo con autoridad, como si aquella fuera una verdad absoluta. Luego habló la consultora: «Somos una consultoría internacional, de la que seguro han escuchado, y vamos a abrir una vacante de consultor o consultora. Pensamos que esa persona se halla entre ustedes». Después vino el otro, que repitió lo que dijeron los dos primeros: «Nosotros también somos una empresa internacional y déjenme les digo que, si consiguen ocupar nuestra vacante, será una excelente forma de empezar su carrera». Parecía una escena de película de ciencia ficción en la que algunos son los elegidos para la salvación.

En algún momento, el maestro comenzó a repartir un examen a cada uno de los alumnos para ver quiénes eran los mejores y las mejores de la clase. Mientras pasaban los exámenes hacia atrás, empecé a estudiar las expresiones en los rostros de mis compañeros y compañeras.

Me di cuenta de que les brillaban los ojos, porque en verdad creían la pendejada de que a tan temprana edad les había llegado la solución a todo. Que les iba a cambiar la vida cuando apenas estaban comenzando. La verdad es que no me molesté en leer ni siquiera la primera pregunta. En cuanto me llegaron las hojas, escribí mi nombre, me levanté, bajé las escaleras, entre las filas de asientos, con la mirada fija en mi profesor y los dos consultores. Cuando llegué al frente, el profesor se levantó de su silla, se acercó a mí y sin decirle nada le entregué el examen.

Ante la muestra de rebeldía (no sé si así lo vieron, pero mi intención nunca fue mostrarles eso), al profesor se le desencajó el rostro y me preguntó, para confirmar, si lo iba a responder o si tenía alguna duda. Le dije que no lo iba a responder y le pregunté si eso afectaría mi calificación en la materia, porque la verdad no veía lo que ofrecían: «ocupar la vacante» como el «mejor» escenario para mi vida. Se quedó unos segundos en silencio, volteó para ver al hombre y a la mujer como si estuviera disculpándome por mi imprudencia, y luego me dijo que no afectaría mi calificación, por supuesto. Al final se dio la vuelta, levantó mi examen sin contestar por encima de su cabeza y se dirigió a toda la clase antes de que yo saliera: «¡No saben el error que está cometiendo Carlos!». De inmediato se escuchó en coro el típico

«uuuuuuuu» de mis compañeros, que resonó como eco en el auditorio. Yo solo me reí, no de él, sino de la situación. Me despedí de los consultores con un respetuoso movimiento de cabeza —porque no tenía nada contra ellos— y salí del auditorio.

En momentos como ese es cuando el *software* se vuelve un virus y, para mí, todos aquellos que respondieron el examen lo activaron en ese instante. ¿Por qué lo creo? Porque si aceptas que el trabajo ideal es ser *empleado* de alguien, quiere decir que sigues con el mismo conjunto de comandos con los que, te dijeron, necesitas siempre del permiso de alguien para actuar; que además de depender de alguien en tu vida familiar también dependes de alguien en la profesional y en la económica. **Si tu mayor aspiración es conseguir un trabajo que pague las cuentas, entonces ya valiste madre.** Cosas como estas son las que debes desinstalar de tu cerebro pero YA.

Así que vamos a ello...

Eliminando el sistema operativo Límites

Creo que ya tienes claro que es fundamental desinstalar el sistema operativo Límites, ese que ha contaminado tu mente y ha dominado el funcionamiento de tu *hardware*, es decir, tu cerebro. A lo mejor te suena difícil cambiar y mandar a la basura años de programación, pero se puede

lograr. Para eso necesitas hacer tres macroprocesos. Cuando lo hagas, podrás avanzar al capítulo siguiente.

Macroproceso 1: aniquila a tu crítico interno y a sus hormigas asesinas

El cerebro genera cerca de sesenta mil pensamientos al día. Si cada pensamiento fuera una persona, llenarían un estadio. Imagínate eso por un momento: ¿cómo se vería ese estadio? ¿Cuántas personalidades diferentes habría? ¿Cuántas voces? Seguro que ya has leído en alguno de esos artículos sobre curiosidades que, de los pensamientos que tienes diariamente, miles son negativos, incluso si eres una persona que se considere a sí misma «positiva». Los pensamientos negativos son automáticos, no se forjan de forma consciente; simplemente aparecen. El término en inglés para denominarlos es ANT (*automatic negative thoughts*), por lo que, para fines prácticos y usar la analogía, en este apartado les llamaremos *hormigas*. Cuando ves una hormiga, una sola, te parece indefensa. Es tan pequeña, se ve tan aislada que se pierde en el contexto. Difícilmente sientes miedo, ¿verdad? Pero la cosa cambia cuando estás frente a un hormiguero. Y te lo digo yo que, cuando era niño, un día me caí en uno por tratar de hacer alguna pirueta con mi bicicleta. Como al principio

no lo vi, tardé un rato en levantarme y me quedé sentado, con los codos sobre el pasto. Después de unos segundos sentí un cosquilleo en las manos, luego en las piernas y pensé que eran ramas secas contra la piel. Moví las piernas al tiempo que bajé la mirada y vi cientos de hormigas grandes cubriéndome por todos lados. Los siguientes segundos fueron de *shock* y solo después de eso pude levantarme y sacudírmelas. Cuando por fin lo hice, corrí a la casa y, adentro, me ayudaron a quitármelas. Me quité los shorts, la camisa y los calcetines, pero ya era muy tarde: las hormigas me habían picado el cuerpo entero. Estaba lleno de ronchas y tenía un dolor y una comezón tales que me tuvieron que llevar al hospital.

Así pasa también con los pensamientos negativos. Uno solo casi parece que no hace daño, pero cuando a ese se le juntan otros, el resultado puede ser nefasto. Esos miles de pensamientos negativos que tienes a diario, y que son en apariencia inofensivos, están manteniendo el sistema operativo Límites activo. Ellos son las hormiguitas que trabajan día y noche para que tú no te arriesgues a salir de tu zona cómoda y no prosperes. ¿Y sabes quién las alimenta? Alguien que se parece mucho a ti, que vive en ti, pero no eres tú; es tu crítico interno, un personaje creado por el *software* Límites para «recordarte» siempre que no eres suficiente, que no vas a lograrlo, que

hay otros mejores que tú, que no eres bueno y no lo mereces.

Y entonces ¿qué hacer para aniquilar al crítico interno y sus hormigas asesinas? Primero, debes tomar consciencia de cada hormiga (pensamiento negativo) que aparezca en tu cerebro. Identifica cada una de ellas y no te preocupes si se te escapan a la primera, ya tendrás la oportunidad de verlas de nuevo, siempre regresan. Una vez que las tengas identificadas, bautiza a tu crítico interno. Dale un nombre que odies y creas que te representa. Cada vez que sientas las hormigas asesinas carcomiéndote, dirígete a tu crítico interno por su nombre y ordénale que se detenga. Así entrenas a tu cerebro para que sepa que aquel que piensa esos pensamientos negativos no eres tú y las hormigas asesinas desaparecerán o, por lo menos, se volverán más dóciles.

Macroproceso 2: desafía las reglas e inventa unas a tu medida

Las mentes millonarias tienen la capacidad de leer todas las reglas del mundo y decidir cuáles seguir y cuáles cuestionar o ignorar. El gran empresario Peter Diamandis dijo algo muy poderoso: «Si no puedes ganar, cambia las reglas. Si no puedes cambiar las reglas, ignóralas». La historia de cómo empezó Elon Musk también apunta a lo mismo.

En una entrevista contó que una vez, antes de fundar sus múltiples y millonarios emprendimientos, fue a las oficinas de Netscape (aquel navegador que quizá ni conozcas) para pedir trabajo y al ver que lo dejaron esperando toda la tarde, pensó: «Si no me quieren aquí, ¿por qué no fundo mi propia compañía?».

Por si no conoces el recorrido de Musk, él inició con una compañía de anuncios publicitarios en internet que se llamó Zip2. Luego de un tiempo la vendió para crear otra que desafiaba la banca comercial y que terminó convirtiéndose en PayPal. Luego vendió esa también y no se detuvo ahí. Hoy busca transformarnos en una especie interplanetaria, con SpaceX, y cambiar la industria automotriz por medio de vehículos eléctricos, con Tesla. Nada de esto se hubiera logrado si Musk hubiera aceptado las reglas del mercado y hubiera permitido que estas lo definieran. En lugar de eso decidió pensar en grande y por su propia cuenta; imaginar cosas que pocos, por no decir nadie, se habían imaginado. Más que pensar en ser millonario, él pensaba en todo lo grandioso que se podía hacer y eso lo llevó precisamente a hacer su fortuna.

Te cuento todo esto para que entiendas, simplemente, que la gente millonaria piensa diferente y no permite que las reglas sociales detengan su camino de crecimiento. Elon Musk no se volvió

millonario cuando lo declararon la persona más rica del planeta, ni cuando PayPal se convirtió en lo que es actualmente. Él se volvió millonario esa tarde en la recepción de Netscape, cuando decidió que haría algo más grande con su vida que conseguir un trabajo en una empresa que ni siquiera se dignaba a atenderlo.

Las mentes millonarias saben que muchas de las reglas establecidas y archiconocidas ya están vencidas, y por eso las actualizan y acomodan a su medida. Así que ese es el segundo macroproceso: identificar las reglas sociales que ya están obsoletas, cuestionarlas y buscar maneras de cambiarlas, romperlas o brincarlas.

Te doy algunos ejemplos de cómo cuestionar algunas de las reglas sociales más comunes:

- **«Hay que ir a la universidad»:** ¿de verdad necesito un título para ser exitoso?
- **«Hay que conseguir un empleo y mantenerlo a toda costa»:** ¿debo trabajar para alguien al inicio mi carrera profesional?
- **«Hay que volverse especialista en algo»:** ¿es necesario quedarme en la misma industria toda la vida?

Recuerda lo que dijo Steve Jobs: «Las reglas fueron puestas en el mundo por gente no más brillante que tú». Por eso, una mente que logra cuestionar

lo establecido y crear sus propias reglas es una que ha dejado de ser víctima del sistema operativo Límites.

Macroproceso 3: quiérello todo

El último macroproceso de desinstalación del *software* Límites sirve para que comiences a creer que sí es posible tenerlo todo. Por alguna razón, muchas personas piensan que si les va bien en el trabajo les irá mal en el amor, o viceversa. Ya sabes lo que dicen: «Afortunado en el amor...». O creen que si están bien en lo material no estarán bien en lo espiritual porque no habrá tiempo para ello. O que si le dedican tiempo a su familia y a su bienestar no van a ser exitosas en su trabajo. O, por el contrario, que si se queman en el trabajo, ponen en riesgo su vida emocional. Esas son puras pendejadas. ¿Por qué creemos que siempre se tiene que perder algo para ganar algo en la vida? Porque nos lo ha dicho todo el mundo. Y por eso en este macroproceso hay que dismantelar por completo esa idea. Yo lo fui desaprendiendo o, más bien, modificando conforme iba creciendo. Fui entendiendo que mi visión de *tollo-tollo* no solo se trataba de tenerlo todo en el plano económico, sino de tenerlo todo en la vida.

Lo que quiero decir es que no te puedes comer el cuento de que para ser millonario vas a

tener que sacrificar otros aspectos de tu vida. Tu ambición de abundancia debe ser integral, debe cubrir todas las áreas. Debes querer ser millonario en lo mental, lo espiritual y lo material, y entender que estos campos no están en conflicto ni hay que dejar alguno de lado para tener otros.

John Butcher desarrolló un programa que se llama Lifebook con la idea de que todos somos autores del libro de nuestra vida. En su programa habla de doce dimensiones de vida que nos definen: relación amorosa, amistades, finanzas, calidad de vida, salud y *fitness*, vida intelectual, vida emocional, vida espiritual, carrera, carácter, vida de padre o madre y visión de vida.

Por lo tanto, el tercer paso para desinstalar el *software* Límites es fijarte objetivos y metas concretas en estas doce áreas, sin dejar ninguna de lado; sin pensamientos negativos y con la idea de romper con frases hechas y reglas sociales que te detienen y limitan. Este es el momento para pensar en ti, en todas las áreas que componen tu vida y en la abundancia que quieres que haya en todas ellas.

Cuando empieces a hacer esto, a preocuparte por mejorar y expandirte en todos los campos, notarás que vas a requerir modelos, sistemas y métodos específicos para triunfar en cada cosa. Empieza a buscar esas herramientas, trabaja con ellas y serás millonario en lo

emocional, espiritual, romántico, como padre o madre, etcétera.

Una mente que sabe eliminar los pensamientos negativos, que cuestiona las reglas de la sociedad y persigue una vida de éxito integral es una que se ha liberado del sistema operativo Límites y está lista para instalar el *software* Infinitas Posibilidades. Vamos a ello.